

# Remendando redes

por Carlos Sáez "Frodo Bolsón"

Segundo Puesto, Premios Gandalf 2000



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



Era una de esas bellezas anónimas, de esas que nunca salen descritas en las historias que habitualmente nos cuentan los libros. Su pelo no era como hebras de oro trenzado, ni mucho menos; ni sus ojos eran azules, como los mares del Norte, que parecen invitarte a ahogarte en ellos.

Su belleza era la belleza de lo natural, tal y como cualquier flor salvaje puede brotar en primavera y mostrar pétalos más hermosos que los de cualquier otra cultivada en un jardín. Vivía en un pequeño pueblo de pescadores, lejos, en el Sur, donde sólo las caricias del Mar animan a la Tierra a dar sus frutos; y donde el mismo mar provee de todo a sus habitantes: comida, riqueza, pobreza, alegría, tristeza.

“Niña”, le dijo una anciana un día “¿conoces a los elfos?”. Ella negó con la cabeza, pues de ellos sólo había oído hablar, y nunca los había visto. “Tu sonrisa parece élfica, es la más bella que he visto en años”. La mujer cosía, de manera casi automática, sin mirar siquiera lo que estaba haciendo, una deshinchada red de pesca que descansaba sobre sus rodillas y se extendía por la arena de la playa, como si intentase hacer en tierra el trabajo que realizaba desde hace años en el mar. Ella se lo agradeció, besándola en la arrugada mejilla.

“Pobre niña” dijo la vieja. Pareció que las penas de toda una vida acudieran a su desgastado rostro, tal fue la tristeza que mostró la mujer. “Ten cuidado, pues muchas veces, nuestros dones más preciados pueden ser la madre de nuestras mayores desgracias”.

- Vaya una vieja loca - murmuró una voz, tras ella - Hace años que se dedica a esto. Se sienta ahí, en la arena a remendar las redes de cualquier pescador que se lo pida, e intenta asustar a todo aquel que se acerca a ella con sus historias... Si no hiciera su trabajo tan bien, hace años que no la dejarían salir de su casa.

La joven no se giró, pese a que hacía rato que el dueño de esa voz hablaba. Había algo en esa anciana que le decía que no podía estar mintiendo... Algún tipo de sabiduría adquirida con los años, madurada bajo la luz de muchos amaneceres, y arrullada con la voz de las olas al morir.

Es curioso lo que nos pasa a los humanos, le había dicho su padre una vez. Muchas veces confundimos la sabiduría con la locura, ya que ambas cosas suelen ser compañeras de la vejez. Cuídate de juzgar un consejo a la ligera, si viene de un anciano, pues en él puede haber tanta verdad, como delirio...

Pero esa mujer. Sus manos seguían trenzando el desgastado hilo de las redes, reparando sus heridas, como un sanador cura al herido tras la batalla, con una seguridad que poco tenía que ver con la locura.

- ¿Por qué dices esas cosas? - le preguntó la niña a quien había hablado tras ella - Loca o no, el que me ha dado es un buen consejo, pues mi madre ya me advirtió de los peligros de ciertos lugares, y de ciertos hombres... - Casi pudo notar cómo el pescador, tras ella, se sonrojaba.

- Haz lo que quieras, niña - le gritó aquel hombre, con una voz cargada del veneno del orgullo herido - Pero piensa una cosa, ¿cómo puede haber visto tu sonrisa, si hace años que es ciega?

¡Ciega! Sintió aquellas palabras con más intensidad que la arena que le arrojó el pescador cuando se alejó de su lado, murmurando maldiciones hasta que fue devorado por las empinadas calles del pueblo. Se quedó allí, de pie, mirando a la vieja, viendo cómo sus dedos, torcidos, llenos de heridas, buscaban los huecos en el regular mosaico de la red, como hacen los vigías de los barcos en busca de tierra. Sólo que ella era ciega.

La mujer dio un pequeño saltito cuando sintió el abrazo de la niña. "Ten cuidado, niña, podrías clavarte la aguja" Dijo la vieja, apartándola suavemente con un movimiento de hombros. "No te apiades de mí. Te aseguro que hay gente con los ojos sanos que ve mucho menos que yo. Con los años aprenderás que, a veces, es mejor mirar a la gente de otras maneras."

- ¿Qué haces ahí, Aldaníre? – era su madre. Y enfadada, por el tono de sus palabras. Problemas, seguro. ¿Tan tarde era? – Deberías estar en casa. No me gusta que estés fuera de noche.

¿De noche? ¿Cuándo se había hecho de noche? Miró al cielo, y las estrellas le dieron la bienvenida. ¿Cómo...? La anciana esbozaba ahora una sonrisa, que oscureció los canales de las arrugas de su cara, pero que pareció iluminar aquel arenoso rincón. Su madre le cogió de la mano y la sacó de la playa, camino a casa. Mientras la arena de sus zapatos se mezclaba con el polvo del camino, escuchó la risa de la vieja.

El tiempo, hija mía, le había dicho su padre una vez, es como la brisa que nos trae el mar en verano. Mientras sopla, te refresca el cuerpo y la mente, y te proporciona alegría; sin embargo, la misma brisa es la que trae la arena, que poco a poco erosiona las casas, y los barcos.

Una noche, meses después de su primer encuentro con la anciana, su madre murió.

La certeza de la muerte como fin es lo que nos hace sufrir, le dijo la anciana aquella misma noche. ¿Qué sabes, por ejemplo, de tu padre? Hace tiempo que partió, lejos, más lejos de lo que te puedes imaginar, junto a unos seres que ni siquiera sabes si existen. ¿Por qué sigues citando sus frases? ¿Por qué lo sigues esperando? Crees, confías, en que estará todavía vivo. ¿Cómo puedes estar segura de lo que Eru le guarda a tu madre? No sufras, niña, pues si viene de Él, así tiene que ser, y ese fin nos será revelado a su debido tiempo, pues incluso los Valar desconocen ese Destino.

Aldaníre no sabía exactamente de qué hablaba la vieja. Los nombres sí los conocía, por supuesto, pero hablaba de Destinos escondidos para los Valar, quienes rigen el rumbo de Arda. ¡Imposible! Muchas veces intentó Aldaníre que le explicara todo aquel galimatías de nombres e historias, pero ella siempre lo esquivaba con aquella estruendosa risa suya, y le decía que era joven, y la vida de los Humanos corta. ¡Vive! le decía, y la empujaba fuera de la desvencijada cabaña donde vivía.

Un día, sentadas en la orilla del mar, viendo cómo el mar abrazaba en el horizonte al sol, Aldaníre le preguntó, por primera vez, por los elfos. La vieja chasqueó la lengua, como hacía siempre que Aldaníre hacía algo que ella esperaba de antemano que hiciera.

La anciana mujer suspiró, dejando escapar con el aire, una palabra: elfos. Son los seres más maravillosos que existen. Orgullosos guerreros, sabios, hábiles en todas las artes, bellos de mente y espíritu,... Qué te voy a decir de ellos, mi niña, que no hayas leído en los libros.

- ¿Alguna vez los...? – demasiado tarde, pensó la niña.

- ¿Que si los he visto? – rió la mujer - ¿Crees que siempre he sido una vieja ciega dedicada a arreglar las redes de los pescadores?

- ¿Viste elfos? ¿Aquí? ¡Imposible!

- ¿Por qué tiene que ser imposible, zoquete? – le rió la vieja, golpeando suavemente su cabeza con el bastón de madera que la acompañaba siempre – Necio es aquel que duda que lo fantástico pueda dormir en la casa de al lado, eso decía tu padre, creo recordar.

Aquella noche no pudo dormir. ¡Elfos! ¿Quién no ha soñado alguna vez con verlos? Bueno, yo me conformaría con ver las llamas de sus hogueras, y escuchar los sonidos que una vez vi escritos, sin llegar a apreciar la música que esa tinta escondía, pensaba mientras la luna marcaba el paso del tiempo, danzando entre las nubes con un millón de estrellas.

## REMENDANDO REDES

Vacío. Ante ella se abría la puerta de la cabaña de su anciana amiga, pero no parecía haber nadie dentro. Sus palabras de saludo, vencidas por el silencio que reinaba dentro de aquellas cuatro paredes, parecieron caer al suelo, y morir allí, poco a poco. Una vela que humeaba indiferente sobre la mesa, esculpiendo sensuales figuras en el dorado aire de la mañana era el único indicio de vida. Los rayos de sol, curioseando, jugaban entre las rendijas que dejaba la figura de Aldaníre, recortada sobre la puerta, e iluminaban con descaro juvenil sólo parte de la estancia, dejando una gran zona en penumbras.

Gotas de sudor se deslizaron por su espalda, y la sacaron de su ensimismamiento. Tenía que encontrarla. El temor, un temor que siempre había estado ahí, agazapado en los más oscuros rincones de su mente, se adueñó de todo su ser, nublando sus sentidos e impidiéndole pensar con claridad.

Tal vez por eso el último sitio en el que buscó fue en aquel rincón de la playa, donde tantas veces habían estado juntas. Allí estaba, como siempre, sentada en el mismo tocón, marcando con sus punzadas el ritmo a las olas del mar y rodeada de sus inseparables redes que, como si fueran alumnos aplicados, se reunían en torno a ella.

- ¿Qué haces aquí, Abuela? – le preguntó, respirando pesadamente, pues había recorrido gran parte de la distancia corriendo, empujada por la alegría – Me has dado un susto de muerte.

La vieja paró su labor, y miró hacia donde estaba Aldaníre. ¿Realmente no podía ver? A veces parecía que aquellos ojos, que todos en el pueblo se empeñaban en cegar, la atravesaran. Tal vez los ciegos fueran ellos.

- Tenía trabajo que hacer.

- No me esperaste como sueles hacer todas las mañanas – le reprochó, tiernamente, pero con una inocente severidad que alegró el rostro de la vieja.

- ¿Quién es el adulto? – dijo la anciana, cuyo rostro, que se llenaba de arrugas cuando reía, a la vez parecía rejuvenecer – Me riñes como si tuviera menos años que tú.

- No soy tan joven – protestó Aldaníre, aunque sin mucha convicción. La sabiduría que destilaba cada una de las acciones que emprendía la anciana le hacía dudar muchas veces – Me preocupaste, simplemente.

- Desde luego que no niña, sólo bromeaba. – la anciana hizo una pausa, que aprovechó para llenar sus pulmones del refrescante aire de la mañana - Un día precioso, descríbemelo, anda.

Realmente era una mañana magnífica. El sol se desperezaba poco a poco, y empezaba a calentar la plácida superficie del mar. El cielo era perfectamente azul, sólo salpicado por algunas nubes blancas. La brisa, fresca y salada, traía al cuerpo un trozo de océano, que invitaba a salir de la cama, a empezar un nuevo día. Le contó cómo las gaviotas, en las rocas, alimentaban a sus polluelos, mientras los orgullosos padres se exhibían, dando majestuosas vueltas, blanco y negro contra azul. Las casas brillaban bajo la luz del nuevo día, y trepaban perezosamente por las laderas de la montaña.

- Tal y como debe ser – dijo la anciana, satisfecha – Un perfecto día de verano.

Las manos de la vieja dejaron de danzar entre las rugosas hebras de la red que remendaba. Sus ojos se quedaron fijos en el horizonte, un horizonte tan azul que casi no se podía distinguir dónde terminaba el océano, y dónde empezaba el cielo. A lo lejos, una gaviota pedía con insistencia comida a su madre.

Pareció que la aguja tardaba siglos en caer de las manos sin vida de la vieja hasta la arena.

## AMANECER

El verano caía de los árboles en forma de hojas pardas. Las lágrimas se habían secado ya en los ojos de Aldaníre, quedando tan solo la calidez de los recuerdos. El otoño prometía frío.

La noche era todavía joven, y la luna se escondía tímidamente tras unas juguetonas nubes, que intentaban evitarla con formas caprichosas. La helada brisa nocturna se esforzaba por colarse entre la ropa, haciendo que Aldaníre se estremeciese cada vez que sentía el abrazo de aquellos fríos dedos. Las olas acunaban la vida del pueblo.

Abrió la puerta de la casa de la vieja. Parecía que el invierno esperase en aquella casa, temeroso todavía del moribundo verano. Volutas de vapor se arremolinaron frente a su cara. Todo estaba en silencio. Pese a que el interior estaba sumido en una profunda oscuridad, supo moverse evitando los pocos muebles que poblaban la sala: una silla, a la izquierda; cuidado con el cesto, allí...

Pronto una vela iluminó uno de los rincones de la casa. El frío la golpeaba con fuerza, pero decidió quedarse allí un poco más, hasta que la luna estuviese madura. Se acurrucó contra la pared, y dejó que los recuerdos calentaran la estancia.

- Tu sonrisa parece élfica, es la más bella que he visto en años - la voz provenía de uno de los rincones donde la negrura era dueña.

La luz de la luna se derramó sobre la piel del elfo que, poco a poco, salió del abrazo de la oscuridad. Era alto y espigado. De piel extremadamente pálida, con una larga cabellera negra que le acariciaba los hombros.

- Alasëa lómë, Ára.

Sumida en ese dulce crepúsculo que precede al sueño profundo, escuchar su nombre salir de aquellos labios fue lo que realmente la dejó sin habla. Había hablado tantas veces con la vieja de los elfos, que ahora parecía casi normal encontrar a uno de ellos allí, escondido en un rincón de su casa. Pensó que si prestaba atención podría ver cómo aquellos sonidos danzaban en el aire con la suave cadencia de la llama de la vela, antes de acariciar su corazón.

- Perdona – dijo el elfo – He querido decir "buenas noches".

- Buenas noches – logró repetir tímidamente Aldaníre.

- Es una bonita noche para refugiarse en los recuerdos – el elfo hablaba lentamente, casi en un susurro, como si no quisiera despertar a Aldaníre del sueño en el que creía estar inmersa.

El elfo acercó su cara al cristal de la ventana, empañando el paisaje nocturno. La luz de la luna se apresuró a tocar su pelo, y pareció quedarse allí unos instantes después de haber regresado a las sombras del interior de la casa.

- Los recuerdos son cálidos y luminosos, y nos recogen en sus brazos cada vez que acudimos a ellos en busca de consuelo. – dijo el elfo.

- Sí pero... – la tristeza se le atravesó en la garganta, sin dejarle hablar.

- ¿Duelen? – ella respondió con su cabeza, regando parte del suelo con unas furtivas lágrimas – Por supuesto que duelen. También el sol es cálido y luminoso, pero si pasas el día entero mirándolo, te quemará los ojos.

Vivir en los recuerdos no es bueno, Ára. Acude a ellos cuando necesites que te reconforten, pero no dejes que controlen tu vida. Recuerda que es corta... deja que demuestren lo bella que es vuestra vida.

- ¡Bella! ¡Nuestra vida es bella! – la rabia apartó de un golpe a la tristeza en la mente de Aldaníre - ¿Qué puedes saber tú de nuestra vida? ¡Tú, que eres inmortal!

El elfo la miraba fijamente. Sus ojos parecían haberse tragado la llama de la vela, y ésta bailaba ahora en su interior. Afirmó con la cabeza, en silencio, y se dirigió hacia la chimenea que era como la boca de un borracho, esperando a que alguien le derramara en su interior el dulce licor del fuego.

- Creo que esta noche va a ser larga, Ára. Deja que comparta contigo una historia, uno de mis recuerdos de ser inmortal. Un recuerdo tan triste como los miles de recuerdos que pueblan las mentes de los míos – el elfo sonrió. Aldaníre pensó que sólo un elfo podía mostrar una sonrisa como aquella, capaz de expresar la más profunda de las alegrías y de llenarte el alma de pena, al mismo tiempo – Pero deja que invite al fuego de la chimenea a nuestra charla, pues es un amigo leal: siempre dispuesto a escuchar, y siempre reconfortante en una noche como esta.

Pronto la luz que emanaba de la chimenea deshizo la intimidad de la vela, inundando la habitación con la alegría de un fuego joven e impulsivo.

- ¿Quién eres? – preguntó, por fin, Aldaníre, mientras intentaba calentar sus entumecidos miembros.

- Creía que no me lo ibas a preguntar nunca, Ára – dijo el elfo sin dejar de mirar al danzarín invitado – Pero mi nombre no importa. Lo importante es quién era ella, y lo que te he venido a contar esta noche.

- ¿Ella? ¿Quién?

- Ella – repitió el elfo, acariciando la superficie gastada de la mesa – La anciana, Lómë.

- Ese no era su nombre, si te refieres a la dueña de esta casa...

- Para mí, su nombre era Lómë; al igual que el tuyo es Ára.

- ¿La conocías? –preguntó Aldaníre – muchas veces me habló de los elfos, y yo siempre sospeché que conocía a alguno. Pero... es increíble – casi no podía creerse que estuviera hablando, de igual a igual, con un elfo.

- Lómë llegó a mi noche como una vela, iluminándola. Pero tanto ella como yo sabíamos que hasta la más trabajada de las velas acaba consumiéndose. ¿Acaso no es esa la belleza de las velas? Por unos instantes expulsan a las sombras, creando un corto día en plena noche – el elfo seguía mostrando esa sonrisa tan peculiar, que dejaba casi sin sentido a Aldaníre.

## UN ANTIGUO ENCUENTRO

Cuando conocí a Lómë era sólo una niña que correteaba entre los pies del líder de un pequeño grupo de humanos que buscaba un asentamiento. Eran poco más de veinte familias, y pronto vieron en esta costa el lugar apropiado para criar a sus hijos y establecerse.

Yo los vigilé durante mucho tiempo, escondido. Pronto me llamó la atención aquella cría. Sus ojos, ávidos de conocimientos parecían devorar todo lo que estaba a su alrededor. Casi podía sentir cómo se aferraba a cada instante que pasaba junto a ella. Ese sentimiento, Ára, esa ansia por retener un momento precioso es lo que hace única la vida de los humanos.

Cuando sois niños y todavía no os angustia la idea de la muerte vuestras vidas son plenas, y sabéis disfrutar de ella. Os sorprende cada copo de nieve, cada gota de lluvia, cada brizna de hierba que crece en primavera. Así era Lómë de niña, con su cabello negro jugando con el viento, y su piel morena compitiendo con la suavidad de las nubes.

La vida en el poblado transcurría tranquila en aquellos días, ajena a cualquier tensión que se pudiera vivir más allá de las montañas que acogieron a vuestras casas. Lómë creció, y teniendo toda mi atención centrada en aquel paraíso de cara pecosa, no presté atención al resto del mundo.

Perdí el contacto con el resto de los míos, si es que alguna vez lo había tenido, y me establecí en una de tantas grutas que perforan las laderas de la montaña. Allí, hondo, muy hondo, donde la calidez del seno de la montaña empieza a matar al frío de la roca, descubrí un tesoro que nunca habría pensado encontrar. Era una caverna enorme, con un pequeño lago en su centro alimentado por miles de invisibles hilillos de agua que, como amantes en la oscuridad, dejaban su preciosa ofrenda con suavidad en las orillas del vestido de su amada. Columnas esculpidas por la mano maestra del paso del tiempo sujetaban con gracilidad el techo...

El techo, querida Ára. Nunca verás nada tan maravilloso. Allí, en el techo de la caverna estaba el cielo, plagado de estrellas. No sé qué mano pudo hacer semejante prodigio, pero allí estaban todas las figuras que hace mucho tejiera Varda en el cielo, con sus diferentes intensidades y tonalidades. Era un espectáculo que incluso a mí, que he visto tantas maravillas me cortó la respiración.

En aquel rincón del mundo subterráneo me instalé, y pronto olvidé la luz del sol, pues allí permanecía durante el día, descansando, y al anochecer salía de mi noche para ver a mi querida Lómë volver correteando a su casa, deleitándome con la maravillosa

inocencia de su espíritu, con su libertad, con sus ansias de vivir arrasando como un torrente cualquier tristeza, cualquier pensamiento oscuro.

Me esforzaba por retener su aroma cuando pasaba cerca de la esquina en la que me acurrucaba, por modelar la tonalidad de su risa mientras descansaba a orillas del lago subterráneo, y me imaginaba dibujando su sonrisa en el cielo estrellado de mi caverna.

Por supuesto, mientras Lómë crecía, muchos de sus vecinos murieron, y pude ver en los ojos de sus familiares y amigos la marca de la tristeza. Y yo mismo sentí tristeza por aquellos que habían vivido sus vidas ante mis ojos en lo que a mí me pareció un instante. Y lloré a orillas de mi lago, y mis lágrimas fueron una ofrenda a aquellos que habían muerto.

Mi primer encuentro con vuestra vida se oscureció repentinamente con la visión de vuestra muerte. Ver cómo fornidos hombres que unos años antes habían cargado un árbol sobre sus hombros para arreglar el techo de sus cabañas se doblegaban bajo el peso invisible de los años vividos. Durante un tiempo, créeme, vuestra vida me pareció no tener sentido.

¿Para qué tantos esfuerzos? ¿Para qué tantos sufrimientos? Lo curioso, querida Ára, es que la solución me la ofreció quien menos esperaba...

## ANOCHECE

Porque el paso del tiempo también era compañero de Lómë en el camino de la vida; pero parecía que los años caminaban como buenos amigos su lado, en lugar de colgar de su espalda, como les sucedía a muchos de sus vecinos.

Eso fue lo que me empujó a hablarle, una fría noche de otoño, como esta. Y esa noche el humo le contó a las amorosas estrellas que lo recibieron lo maravillosa que es vuestra vida.

Por aquella época, Lómë era ya una mujer adulta. La inocencia de su rostro había madurado, saliendo de su crisálida convertida en alegría. Deberías haberla visto bailar en la playa bajo la lluvia de una primavera todavía por nacer, parecía que las gotas de lluvia se peleaban por tocar su piel, por confundirse en su pelo; deberías haberla visto decorar el cálido aire del verano con su voz...

Nunca noté en ella ese destello de tristeza que tenéis los humanos en los ojos. Jamás la vi derramar una sola lágrima tras la muerte de uno de sus vecinos. Era como si de alguna manera creyera que la muerte no iba a alcanzarla jamás, o como si supiera algo más que el resto de sus vecinos que hacía que no la temiera.

Nuestro encuentro fue como el primer beso de dos amantes. Corto, nervioso, impregnado con la torpeza de la ignorancia, inolvidable. Salí a su encuentro en la playa, lejos del pueblo, donde estaba seguro de que no nos podría sorprender ningún vecino.

Ella estaba sentada en la orilla, dibujando con sus dedos figuras en la arena mojada. Parecía que el mar había doblado sus caricias tan solo por poder tocar sus pies. ¿Eres un elfo?, fue lo que me preguntó, después de mirarme durante un segundo con sorpresa.

Después, con mucho cuidado, se levantó, sacudiéndose la arena que, como un amante rechazado, se aferraba a sus piernas. Mira, me dijo, enseñándome un colgante. La cadena era de plata y cristal, a semejanza de lágrimas entrelazadas, y pendiendo de esta cadena había, un pequeño árbol de plata bellamente tallado, con hojas de nácar tan fino que casi podía ver su mano tras ellas. "Mi madre me dijo que era obra de los elfos".

Allí, en aquel rincón escondido de la playa, compartió el legado que le había dejado su padre: toda la sabiduría de aquella dinastía de humanos. Su padre murió siendo ella todavía un bebé, y las historias que escuchó tantas veces de boca de su madre fueron lo único que le quedó de su pasado: una ciudad de calles blancas bendecidas por los Valar, visiones entre brumas de una lejana isla, el ansia de poder de los hombres alimentada por la llegada de una sombra, una fuga precipitada mientras su pasado desaparecía bajo el pesado manto de las aguas enfurecidas por los puños de Ulmo.

Me contó que su padre había llegado a las costas de Arda después de un largo viaje. Me contó cómo la pequeña comitiva que llegó con ellos fue atacada por un grupo de orcos; y cómo en aquel ataque se perdieron bellas telas y objetos de arte que jamás se podrán recuperar: "objetos tan bellos como este" me dijo, mientras el árbol de plata parecía buscar en la palma de su mano un lugar donde hundir sus raíces. Me contó la boda de su padre con una mujer de una aldea cercana que les acogió tras su desembarco, y cómo dicho enlace provocó disputas entre los recién llegados, grandes señores de una tierra ya desaparecida y que se oponían a la mezcla de sangre. Fueron estas disputas las que obligaron a su madre y a otras familias a abandonar ese pueblo, y a buscar un nuevo asentamiento. Las que trajeron a Lómë hasta aquí.

Pese a que ninguno de los dos dijo nada en el momento de la despedida, ambos sabíamos que esta era la primera de muchas citas en aquel rincón, y que estas eran las primeras historias que íbamos a contar. Unas huellas en la arena fueron la firma que dejamos tras nosotros.

Fue mucho tiempo después cuando me habló del Destino de los Hombres.

El verano dejaba paso amablemente al invierno. Hacía poco que había muerto, vencido por la enfermedad, uno de los muchachos que de niño jugaba con ella. El dolor se había convertido en un vecino más del pueblo, y pocos salían de casa; unos agradeciendo su vida, otros lamentando la muerte. Y como siempre, Lómë parecía no sentirse afectada.

Creo que fue el miedo a no tenerla a mi lado lo que me empujó a preguntarle por qué a ella no le preocupaba la muerte. ¿Y sabes qué me dijo? Se encogió de hombros, y sonrió. Y esa sonrisa estaba bordada con los hilos de la esperanza y de la serenidad. Y me dijo, mientras dibujaba estrellas en la arena: "Ni siquiera los Valar saben cuál es el Destino que les aguarda a los Hombres tras la muerte. ¿Crees que Eru podría deparar algo terrible a sus hijos?". Esa, Ára, fue la lección que me dio aquel día.

A los elfos nos dio la inmortalidad, estar ligados a esta Tierra por siempre, hasta el fin de los días. Te pregunto yo ahora, Ára, ¿crees que esta es una vida mejor que la vuestra? La inmortalidad nos da la posibilidad de aprender, de disfrutar de los placeres de este mundo, de crear...

Pero de la misma forma, vosotros sois libres, mientras que nosotros somos esclavos. Tal vez seamos esclavos con grilletes de oro, pero esclavos, al fin y al cabo. Somos esclavos de un Destino tan certero que no nos deja oportunidad de hacer otra cosa que seguir adelante, aunque nuestro aliento no nos permita ir más allá. Porque estamos atados de pies y manos por nuestra inmortalidad. Estamos atados a juramentos eternos; atados a nuestras obras, pues ningún artista querría ver la decadencia de su creación, a penas que nunca acaban y a errores que no tienen solución.

Como ves, Ára, vuestra vida es tan maravillosa y tan dolorosa como puede serlo la nuestra. Y, quién sabe, tal vez la muerte sólo sea un paso hacia una existencia mucho mejor. O tal vez no, nadie puede saberlo pues ese Destino permanece oculto. Así pues, disfruta de tu vida, y olvídate de la muerte.

## UN NUEVO DÍA

El sol rompía el oscuro tapiz que había tejido la noche. El elfo dejó que su historia terminara con una sonrisa en sus labios; pero esta era una sonrisa plena y sincera; no había rastro de aquella perenne tristeza que parecía marcar su rostro.

- Tengo que irme, Ára – dijo – Mi historia termina cuando empieza el día. Me espera mi lago, y mi noche eterna.

Aldaníre fue repentinamente consciente de que el sueño se amontonaba en sus ojos, haciendo que sus párpados cayeran lentamente. La noche había pasado flotando entre las brumas de la historia de la vida de su anciana amiga, escrita sobre el aire con las delicadas palabras de su compañero elfo. Su corazón parecía querer saltar de su pecho, y en su mente resonaba con claridad la risa de la vieja.

El elfo se levantó grácilmente del suelo acompañado de los trinos de los pájaros madrugadores, que se disponían para emigrar hacia tierras más cálidas.

- ¿Los oyes? – dijo el elfo, mientras se apoyaba en la puerta y el sol acariciaba su piel – Ellos también se van a otro lugar; un lugar mucho mejor, un lugar más cálido.

- ¿Volveremos a vernos? – preguntó Aldaníre, nerviosa.

- ¿Quieres verme? – Aldaníre le dedicó una sonrisa que hizo palidecer al joven sol de la mañana – Por supuesto que nos veremos Ára. Tú has sido mi amanecer tras una larga noche.

El elfo se movió con rapidez entre las todavía adormiladas calles del pueblo, para perderse poco después entre las sombras que las alargadas paredes que rodeaban al pueblo proyectaban sobre los tejados.

Aldaníre pudo sentir el olor de la vida flotar en el aire. Estaba en todas las cosas que le rodeaban: en el salado roce de la brisa marina, en la suave melodía de las ramas de los árboles, en el llanto de un bebé colgado en el cielo azul de la mañana.

Y pudo notar cómo cada una de esas cosas le llenaba el corazón de una esperanza como jamás había sentido antes.